

civilizaciones, y si no nace se arraiga, como se arraigó el atomismo al término de la civilización antigua. Se quiere apagar la llama del espíritu divino en la cima del universo, y la llama del espíritu humano en la bóveda casi celeste de nuestro cerebro; destruir en la naturaleza material el gobierno de la Providencia, y en la naturaleza moral ¡ay! el principio de la libertad; atribuir el origen de todas las cosas á las combinaciones de los átomos y el fin al movimiento universal; hacer del *Cosmos* un Dios y de la inteligencia humana una lumbre fosfórica, pasajera, como la estela que se dibuja en las aguas ó como el fuego fátuo que corre por los campo de batalla; reducir toda teología y hasta toda metafísica á un poema fantástico, y el hombre á un animal más, regido por instintos superiores á causa de la superioridad de su organización y destinado á morir todo entero, porque la lengua de Demóstenes, la mano de Rafael y la pluma de Cervantes, no han de ser más que un poco de rescoldo que alimente la combustión de la vida, destinada á impulsar á los átomos en su movimiento y á sostener el reinado de la fuerza, únicos principios supervivientes en esta desolación de todas las almas, y en esta ruina universal de todas las ideas.

¡Y cuando se trata de restaurar aquel supremo universo inteligible del cual es como una sombra el universo material; cuando se trata de devolver á las cosas el alma de las ideas, á las ideas la esencia de lo divino, y á la divinidad el imperio sobre el universo, para que los pueblos no se entreguen, como átomos y moléculas, al poder brutal de la fuerza y al culto de la materia, vosotros perseguís y acosáis á las Iglesias que creen en Dios, que proclaman la Trinidad, que ofrecen á las tribulaciones de esta vida el bálsamo de la esperanza y de la oración, y que para más allá de este mundo nos presentan otro mundo mejor donde poder saciar la sed de infinito amor que siente nuestro corazón, y el hambre de verdad absoluta que tiene nuestra pobre y atribulada inteligencia!

Señores, lo cierto es que las almas más elevadas de Europa sostienen que no es cosa de dividirse cuando se trata de restaurar lo divino por principios tan humanos como el predominio de una liturgia, ó de un Pontífice, ó de una ceremonia, siendo necesario ahondar en la conciencia humana en busca de aquel cristianismo llamado por Orígenes con tanta razón cristianismo natural, cuyas ideas y cuyas leyes podían hacer de la vida humana un compendio del cielo.

Lo cierto es que de todas las naciones perseguidoras, ninguna persigue. Lo cierto es que las cuestiones confesionales son cuestiones de relación entre la Iglesia y el Estado, pero de ninguna manera cuestiones de dogma. Señores diputados, en las colinas de Roma campeon los simulacros de los mártires de la libertad del pensamiento, quemados por las inquisitoriales hogueras; en las orillas del Bósforo, el respeto á la civilización europea se impone de tal suerte, que no se puede arrancar un clavo á las puertas de las basílicas cristianas, ni interrumpir una oración en el sepulcro de Cristo; por las orillas del Lemán, la población austera que exaltó á Calvino y quemó á Servet, consiente iglesias católicas bajo cuyas bóvedas se celebran todas las ceremonias y se mezcla el estruendo de las campanas protestantes con el estruendo de las campanas católicas en aquella ciudad llamada hasta por sus piedras la Roma del protestantismo; por las calles de Londres, que ha unido al culto de la religión nacional el culto de sus libertades históricas, se ven iglesias erigidas por los papistas; en las orillas del Sena donde fueron sacrificados los hugonotes, se estipendia á los judíos, á los protestantes, á los calvinistas; y nosotros, aunque hayamos sido por excelencia la nación intolerante, aunque hayamos engendrado á Santo Domingo de Guzmán y San Ignacio de Loyola, aunque contemos entre nuestros nombres célebres el nombre de Torquemada, no podemos persistir en nuestros antiguos errores sin que nos rodee el desierto moral, sin que se nos

crea la China de Europa, sin que se nos anatematice por sostener lo que está ya indefectiblemente condenado en el tribunal inapelable de la humana conciencia.

Vosotros, al destruir la libertad religiosa, al aminorar la libertad religiosa, aminoráis también la libertad de la expresión, la libertad del arte; y es tan difícil separar la religión del arte, como es difícil separar el cuerpo del alma. Y así como la pagoda oriental señala el culto á la naturaleza, y el monolito egipcio el culto á la muerte, y el intercolumnio griego el culto á la vida, cierto orientalismo está unido á la sinagoga, cierta severidad á las iglesias calvinistas, las rotondas bizantinas, el cimborrio asiático, y el mosaico rígido á las iglesias griegas; y así como no podríais obligar á un católico á que oyera misa en una mezquita no consagrada, no podeis obligar á los que profesan los otros cultos á que se sometan á simulacros y á símbolos que creen indignos de la grandeza de su Dios, y á líneas y á edificios que les recuerdan los dioses enemigos de su religión y de su raza. Y lo mismo que sucede con la arquitectura sucede con un arte tan vago como la música. Imitad el ejemplo del subdelegado de Mahón; entrad en la escuela ó en la iglesia; decidles á aquellos que se creen perdidos en los abismos de la naturaleza y olvidados en el océano de las pasiones humanas, que hieren el cielo con su voz pidiendo socorro y auxilio en sus tribulaciones de todos los días; decidles hasta dónde pueden gritar para ser escuchados cuando están doloridos y desesperados como el náufrago que se agarra á la roca entre el estruendo de las olas hirvientes y el estampido de las tempestades y de las tormentas.

Y lo que digo de la arquitectura y de la música lo digo del culto á los muertos. El culto á los muertos distingue al hombre de todos los demás animales. Todos ellos huyen del cadáver de sus semejantes, y el hombre lo guarda, lo riega con sus lágrimas y lo consagra con sus oraciones. Y es imposible que los cadáveres de los disidentes vayan des-

de el campo de batalla de la vida al campo de reposo de la muerte, desde el hogar de un día al hogar de todos los tiempos como van los bueyes del matadero á la carnicería, sin una oración, sin una plegaria, cuando sobre aquellos restos ha recaído ya el juicio de Dios, y cuando quizá se ha inclinado el ángel de la inmortalidad para recoger su esencia, su alma, y llevarla por senderos invisibles á ornar el santuario del Eterno. Yo no sé cual creencia puede darse por ofendida, cual sentimiento puede darse por maltratado con que los acentos del órgano protestante se unan á los clamores de los sacerdotes católicos, las oraciones del disidente á las oraciones de los ortodoxos, los cadáveres de los metodistas con los cadáveres de los fieles, cuando todos vivimos en el mismo derecho, cuando todos respiramos el mismo aire, cuando todos vemos la misma luz, cuando todos hemos de dormirnos en el seno de la muerte y hemos de despertar en el seno de Dios. Poniendo límites á la libertad religiosa de esa suerte, en realidad lo que habeis hecho ha sido destruir, ha sido mutilar todas las libertades que nosotros hemos defendido.

Y ahora entra, señores diputados, después de haber defendido todas las libertades que yo creo amenazadas ó desconocidas, ahora entra la aplicación al caso presente, la aplicación á la política reinante; y voy á ser muy breve, voy á concluir muy pronto. Yo creo que hay libertades las cuales son necesarias, como las llamó un gran estadista, y que se parecen á la respiración. Yo creo, por ejemplo, que es indispensable la libertad electoral, la libertad de imprenta, la libertad religiosa, la libertad de enseñanza y la seguridad individual. Las sociedades modernas caminan entre grandes antagonismos, y son por su naturaleza oscilantes. Ahora bien, señores diputados; aquí se camina por acción y reacción como en las combinaciones químicas; aquí se camina por reflujos y flujos como en los movimientos oceánicos. Hay momentos en que la opinión pública pide á toda costa orden, orden, orden, aunque sea

con el sacrificio de la libertad; y hay momentos en que la opinión pública pide á toda costa libertad, libertad, libertad, aunque sea con el sacrificio del orden. Y yo os digo que en este momento de la historia la opinión pública tiene un carácter sintético, porque no quiere separar el orden de la libertad, porque cree que la libertad y el orden se completan. Yo pregunto: ¿tenemos orden? Tenemos orden material; pero yo añado: ¿tenemos el complemento del orden material? ¿Tenemos la libertad? ¿Dónde está, decidme, dónde está después del discurso que acabo de pronunciar, esa libertad? Se necesita, señores diputados, se necesita indudablemente ahora mismo un Gobierno que restaure la libertad. ¿Tiene ese Gobierno autoridad ya para restaurarla? Y aquí indudablemente entra una manera de decir mía que en la prensa, si no aquí, las oposiciones han lanzado á la mayoría, la mayoría ha lanzado á las oposiciones; me refiero al célebre secreto.

Yo, señores diputados, dije aquello con cierto acento irónico; yo no sé, yo no puedo saber los fenómenos políticos, porque como en los fenómenos políticos reina la libertad, no están sujetos á cálculos tan exactos como los fenómenos astronómicos; yo no sé si la continuación de ese Gobierno ó la sustitución por otro Gobierno puede favorecer ó contrariar mis ideas. Yo, señores diputados, no diré eso; no quiero decir eso, porque ni quiero ofender á ese Gobierno ni á los Gobiernos que le sustituyan, que yo me guardo muy bien de ofender á amigos ni á enemigos; pero lo que sí puedo decir, lo que sí debo decir, lo que sí quiero decir es, que si algún Gobierno podría acercar aquellos tiempos de que hablaba el señor ministro de Fomento, si algún Gobierno podría acortar ciertos plazos, si algún Gobierno podría traer grandes catástrofes para instituciones que vosotros adorais, sería un Gobierno reaccionario. Señores, los gobiernos reaccionarios son los aliados más fieles de los partidos avanzados en todos los grandes cambios políticos. Yo digo esto en contra de mis propios intereses, porque yo

tengo por costumbre anteponer á los intereses de mi persona ó á los intereses de mi escuela, los intereses de la libertad y de la patria.

Ahora bien; si se necesita á toda costa y á toda prisa un Gobierno liberal, yo pregunto si ese Gobierno que está ahí sentado, después de haber reprimido tanto, después de haber vejado tanto, después de haber combatido tanto, tiene la fuerza necesaria para dar la libertad y sostenerse firme sobre sus grandes movimientos naturales. Lo que en ese Gobierno más me extraña es su repugnancia invencible á buscar con ahinco y apreciar con esmero la voluntad de la nación. Y es indispensable, si queremos paz, que busquemos la voluntad de las naciones. Como se niega la voluntad á los individuos, se niega la voluntad á las naciones; y sin embargo, no hay facultad, ni la misma inteligencia, que sea tan activa, tan constante, tan práctica como la voluntad. Los Gobiernos pueden ser queridos de los pueblos, y hay Gobiernos que son queridos de los pueblos. España quiso en 1808 cosas tan opuestas como la autoridad de Fernando VII y la independencia de la patria; Inglaterra quiere su vieja monarquía; Italia quiere su rey revolucionario y caballero; Prusia quiere su imperio conquistador; Francia quiere evidentemente su república.

Nosotros, si no tenemos voluntad, no podemos tener institución alguna. ¿Creeis que la nación os quiere á vosotros? (*Varios señores diputados*: Sí, sí) Pues entonces dejadle la palabra para que hable, dejadle libres los comicios para que vote, y os alzareis, no solamente sobre la fuerza, si no también sobre la voluntad nacional. No; no se quiere el Gobierno de la voluntad nacional. Se niega, no solamente la voluntad nacional, sino hasta la existencia de esa voluntad. La nación española es una nación que nada quiere; es un cuerpo en que ha muerto el alma; es un alma en que ha muerto la energía de las energías, en que ha muerto la voluntad. Si quereis que esa voluntad exista, no podreis emplear más medios que el de la libertad. Dad-

nos, mayoría, dadnos, Gobierno, esa libertad, porque aquí hace dos años que estamos oyendo sostener una tesis; la tesis de la compatibilidad de las instituciones antiguas con las libertades modernas. Jamás se han empleado esfuerzos más colosales, jamás se han dicho discursos más elocuentes que los esfuerzos empleados y los discursos dichos para sostener esta tesis. Se dijo: la libertad es el mayor bien del mundo; pero los pueblos latinos no pueden tenerla sino con el áncora de una monarquía y una dinastía legítima. Se dijo más: la zozobra de la revolución, la incertidumbre de aquellos tiempos procelosos provenía de que faltaba al movimiento de las libertades modernas el espíritu de nuestros padres.

Yo, señores diputados, veo las antiguas instituciones; yo bajo, si queréis, ante esta realidad la cabeza; yo asisto hace mucho tiempo con patriótica atención y con patriótico anhelo á este ensayo; yo veo las antiguas instituciones; pero yo os pregunto: ¿dónde está la libertad? ¿Está en la conciencia muda, y en la enseñanza esclava, y en la imprenta regida con mano férrea, y en el hogar amenazado por la dictadura, y en la asociación y reunión proscriptas, y en las elecciones vulneradas? Ó bien demostrad vuestra tesis prácticamente, ó bien traed pronto un Gobierno que sepa demostrarla; porque, señores diputados, nunca rodearon á las instituciones antiguas tantos peligros como las rodean ahora; y esos peligros no provienen seguramente de los partidos radicales, de los partidos avanzados. Yo no he sido el que ha provocado aquí la cuestión, que yo me hubiera guardado muy bien de provocar, respecto á la casi legitimidad; yo no he echado en cara á ningún antiguo grande de España que fuera embajador de la República, yo no he dicho á ningún ministro que perteneciera á la Junta de gobierno que destituyó la monarquía y la dinastía; yo no he lanzado desde este banco sobre aquellos bancos la bomba asfixiante de que muchos de los diputados hayan servido á la República; yo no he sostenido la teoría de que

las monarquías son impersonales y que lo mismo se es monárquico sirviendo á D. Amadeo con el título de sufragio universal, que sirviendo á D. Alfonso XII con el título de monarquía hereditaria; yo he estado ajeno, completamente ajeno á esas batallas; yo continúo estándolo todavía; pero yo os llamo la atención sobre una cosa, sobre los peligros que rodean á las instituciones monárquicas.

En tiempo de Doña Isabel II, allá por los años de 1849 á 1850, todos los partidos se abrigaban bajo el numen de Trono; la democracia acababa de nacer, y nacía protestando de su fidelidad; el partido progresista era el que se creía más esencialmente monárquico y dinástico; la unión liberal, dibujada ya en los primeros esfuerzos de los puritanos para liberalizar al partido moderado, trataba de rejuvenecer la vieja encina de la autoridad monárquica; por todas partes acatamiento, obediencia, veneración; por todas partes el culto de la monarquía. Ahora una gran fracción de esa mayoría ha pertenecido á los revolucionarios de Septiembre; una gran fracción del partido conservador ha sustentado por espacio de un año la República; clases aristocráticas, clases antiguas cuyos representantes debéis conocer y ver, se encuentran dentro de la agitación, y de la vida, y de los compromisos de la democracia moderna; y por consiguiente, hoy que existe tanto y tanto peligro para las antiguas instituciones, hoy es más necesaria que nunca una política de reconciliación. No temais nada, señores ministros; no temais nada de los republicanos. Los republicanos no han descompuesto la sociedad antigua; los republicanos no han destruído la monarquía. No eran republicanos los que reconocieron la abdicación de Carlos IV y proclamaron Rey de España á José I; no eran republicanos los que se sublevaron en las Cabezas de San Juan contra Fernando VII; no eran republicanos los que condujeron al Rey legítimo desde Madrid á Cádiz y le declararon demente; no eran republicanos los que entraron en la Granja é impusieron á la Majestad desacatada la Constitu-

ción de 1812; no era republicano el general que lanzó á Maria Cristina allende los mares á las amarguras del destierro; no era republicano el general que luchó en Vicálvaro y que proclamó el programa de la revolución en Manzanares; no era republicano el general que ganó la batalla en Alcolea; no eran republicanos los que destruyeron á la monarquía y á la dinastía de los Borbones.

Si la monarquía no es hoy la antigua encina á que se acogían todos, la aurora que todos saludaban, eso se debe exclusivamente á los monárquicos. Por consiguiente, vuestra monarquía nada tiene que esperar de nuestros aciertos ni nada que temer de nuestros errores. Aquí todo se puede perder, todo se puede hundir por una política de ceguera, por una política de reacción. ¡Y es tan fácil, señores diputados, es tan fácil y tan llana una política de reconciliación! No hay más que encarnar en el Estado moderno la idea del derecho, no hay más sino proponerse que las mayorías gobiernen por la voluntad nacional, que las minorías se sometan á la legalidad, pero se sometan con el pensamiento libre, con la conciencia libre, con el derecho de emitir su voto asegurado.

¡Ah, señores! Cuando yo vuelvo los ojos á España la veo tristemente entregada á la violencia. Las colonias que hemos sembrado en el mundo se levantan en armas y nos declaran una guerra implacable; los campesinos del Norte son instrumento de cosmopolitas reaccionarios y mantienen la guerra civil, en la cual se pierde la sangre más preciosa de la patria; los republicanos del Mediodía apenas han recibido su República cuando la rompen en mil pedazos con los maldecidos cantones; los hombres públicos aquí no se suceden, se calumnian; no discuten, batallan; no se contrarian, se aniquilan; y siempre hay en la cima del poder alguien obligado á ejercer la dictadura, y siempre hay en las bases alguien obligado á ejercer la conspiración; arriba un poder omnipotente, y abajo como si fuéramos la Polonia, la antigua Venecia y la antigua Hungría, nubes de

desterrados, ausentes de la familia, del hogar y de la patria.

¡Ah señores! Seguid una política de conciliación y dadnos momentos de orden, de paz y de ventura. Si no lo haceis así, yo creo que será terrible el juicio de la posteridad sobre esta generación desventurada, y yo me siento diciendo:

¡Ay de la libertad, ay de la patria!